

—Ya veis que no hay peligro, decia.

Uno de los trabajadores cayó con la pierna atravesada por una bala.

Vamos, despachemos, continuaba el oficial; esto os enseñará á batiros contra el gobierno.

Afortunadamente para esos desventurados, el Emperador pasó por allí, y viendo el peligro que corrían, ordenó que se retirasen, recomendando que en lo sucesivo no se hiciera uso de los prisioneros para ejecutar trabajos de fortificación. No olvidó tampoco mandar reprender severamente al jóven oficial de ingenieros. Despues de la partida del Soberano, este último me dijo, entre enfadado y risueño:

«¡Hombre! aquí me teneis desesperado: se nos imponen trabajos enormes sin darnos trabajadores. No tenemos aquí bastantes soldados de ingenieros. Los presos de la cárcel no pueden ayudarme. Hace muchos dias que no han dormido, y se olvida muchas veces traerles de comer. Por otra parte, nada de lo que hacemos parece bien: infantes, artilleros, todo el mundo nos critica. Nuestros parapetos no son jamas ni bastante gruesos ni bastante elevados; se querria que protegiesen por detrás, sobre la cabeza, á la derecha y á la izquierda.»

Todo lo que me decia tan alegremente era cierto, pero no excusaba su inhumanidad.

Las pérdidas de los republicanos eran numerosas. El llano de Carretas estaba sembrado de puntos blancos, que se habrian podido tomar de léjos por borregos descansando. Eran los muertos del ejército enemigo. Entre estos últimos se hallaba Florentino Mercado, que fué encontrado espantosamente mutilado. Era un jóven abogado de México, cuya exaltacion y cuya audacia eran muy conocidas. Fué vivamente sentido por los sitiadores. Otro fué recogido por nosotros, frente á la Casa Blanca; se le encontraron papeles importantes: era un ayu-

dante del ministro de Guerra de los republicanos, que habia llegado la víspera para batirse como aficionado.

Se recogieron los muertos y los heridos, ménos los que se encontraban demasiado cerca de las líneas republicanas, á las que no era posible acercarse sin peligro.

El odio ahogaba en nuestros adversarios, lo mismo que en nosotros, todo sentimiento de humanidad. Los heridos caidos entre nuestras líneas y las de nuestros enemigos, murieron sin ser socorridos, y muchos cadáveres permanecieron insepultos semanas enteras.

Desde aquel dia el general Mendez recibió el mando de toda la línea del Sur, que fué cubierta con la segunda division de infantería. Por desgracia nuestra, López fué nombrado comandante de la brigada de reserva, en reemplazo del general Mendez.

II

Visitas del Emperador á los oficiales republicanos prisioneros.—El Emperador Maximiliano condecorado por el ejército.—Salida del 1.º de Abril.—Aniversario de la aceptacion del trono de México por el Emperador Maximiliano.—Respuesta del Emperador al ministro Aguirre y á la comision que fué á cumplimentarle.—Respuesta del Emperador al gobierno frances cuando las conferencias de Orizava.—Cómo juzgará la historia al Emperador Maximiliano.—El problema de un gobierno estable en México.

Al dia siguiente, 25 de Marzo, el Emperador fué á visitar á los oficiales republicanos prisioneros. Entre estos habia cierto número de jóvenes cuyo valor desgraciado era digno de simpatía. La llegada del Emperador á la gran sala donde se hallaban detenidos fué un grande acontecimiento para ellos. Todos miraban al Soberano con una curiosidad mezclada de temor y de respeto. El silencio era profundo.

«No olvidaré, dijo el Emperador, que habeis sido hecho prisioneros combatiendo. Por consiguiente, si necesitais alguna cosa, pedídmela, encontrareis en mí un amigo. Tened esperanzas, yo os volveré muy pronto al seno de vuestras familias.»

Estas palabras fueron acogidas por los prisioneros con una emocion fácil de comprender. Este lenguaje y estos sentimientos no son habituales en los vencedores en las guerras civiles de México.

El Emperador les mandó dar los efectos y el dinero que necesitaban, y recomendó despues al oficial de gendarmería, comandante de la prision militar, que hiciera todos los gastos necesarios para mejorar su suerte.

Cuando el hambre comenzó á hacerse sentir, los oficiales republicanos que teniamos en nuestro poder, no tuvieron mucho que sufrir: siempre fueron cuidados lo mismo que nosotros.

Cuando á nuestra vez fuimos prisioneros, nuestros adversarios no nos trataron de la misma manera. El espíritu de partido sofoca generalmente todos los buenos sentimientos en los vencedores, y en las discordias civiles se encuentran rara vez esos rasgos caballerescos que ennoblecen algunas veces la guerra.

El 30 de Marzo una comision de generales, presidida por Miramon, se presentó al Emperador en la plaza de la Cruz, para suplicarle tuviera á bien aceptar la medalla del mérito militar que le entregaba á nombre del ejército. El Emperador aceptó, y desde aquel dia llevó esa condecoracion, que muy pronto llegó á ser objeto de una grande emulacion.

El 1º de Abril se efectuó una salida para tomar la iglesia del barrio de San Sebastian, ocupada por el enemigo que la habia fortificado y guarnecido de tropas.

Como á las tres de la mañana el general Miramon salió de la ciudad á la cabeza de una columna de infantería, y con su

valor y su fortuna habituales, logró sorprender la iglesia de San Sebastian llamada la Parroquia. Miramon se aprovechó del buen éxito de este ataque audaz é inesperado y no quiso detenerse ahí. Sin pérdida de tiempo continuó su marcha sobre la Cruz del Cerrito, otro edificio importante, á la derecha del cual los republicanos levantaban obras de fortificacion demasiado avanzadas. Todo cayó en su poder, así como dos obuses de montaña. Antillon, que defendia aquel punto con el contingente republicano de Guanajuato, apénas tuvo tiempo para escaparse en paños menores.

La salida se habia efectuado con el ímpetu y la rapidez únicos que pueden dar el triunfo en esta clase de operaciones. Pero los gefes republicanos, recobrados de su primera sorpresa, se aprovecharon de que Miramon se habia alejado demasiado de nuestras líneas y enviaron sus reservas y refuerzos considerables, que amenazando rodear y cortar nuestra columna de infantería, obligaron á Miramon á volver á Querétaro. Al replegarse nuestras tropas tuvieron un encuentro serio con el batallon republicano de Supremos Poderes, cuerpo escogido, enviado á paso veloz por Escobedo en auxilio de los suyos. Durante este combate el coronel Farquet, amigo de Miramon, recibió una herida en la rodilla, de la que murió al cabo de pocos dias. Nuestras pérdidas fueron sensibles. A las nueve de la mañana el general Miramon habia vuelto á la plaza con prisioneros y dos obuses de montaña.

Pasaron los primeros dias de Abril sin que hubiese nada de notable. Se activaron nuestros trabajos de defensa, sobre todo al Sur de la plaza.

El 10 de Abril se celebró el aniversario de la aceptacion del trono por el Emperador Maximiliano.

Una comision fué al cuartel general á felicitar al Emperador.

Al discurso del ministro de Justicia, Aguirre, que habia se-

guido al Soberano á Querétaro, el Emperador contestó con nobles palabras que terminó de esta manera:

«El 16 de Setiembre de 1864 os dije: Si Dios permitiese «que nuevos peligros amenazaran á nuestra querida patria, me «veríais combatir por su independencia y su integridad.

«Los que me rodean en los difíciles dias de Querétaro, ven «que he cumplido mi palabra. El año siguiente, el mismo dia «de memorable recuerdo, os he dicho: Sin efusion de sangre «y sin trabajo no hay triunfos humanos, desarrollos políticos «y progresos duraderos. He agregado que estaba firme en el «puesto que el voto de la nacion me ha hecho ocupar, y que «no vacilaria en el cumplimiento de mis deberes; no es en los «momentos difíciles cuando un verdadero Hapsburgo abandona «su puesto. Yo estoy aquí luchando como vosotros, y en lo «sucesivo seguiré con la misma conciencia el camino del deber.»

Es preciso no olvidar que á las indicaciones del gobierno frances, que no podia sostenerle por mas tiempo sin sacrificios demasiado grandes, y le instaba para que abdicase, el noble Emperador contestó desde Orizava, algunas semanas ántes del sitio de Querétaro:

«La Francia, al retirarse, invoca sus propios intereses; yo «no puedo ni quiero abandonar una causa que he aceptado «con sus peligros. Suceda lo que Dios quiera, no necesito de «ciros que seré lo que he sido en Milan, en la marina y en «Miramar, no aconsejándome mas que de mi deber y de mi «dignidad personal.

«Jamás abandonaré mi puesto, y ni un momento olvidaré «que desciendo de una raza que ha pasado por crisis mucho «mas terribles que la que yo paso, y no seré yo quien man- «che la gloria de mis abuelos.»

Este lenguaje debe ser recogido por la historia que, no lo dudamos, emitirá sobre el Emperador Maximiliano un juicio

favorable, y hará de él la personificacion del deber y de la dignidad.

Cuando se hayan calmado las pasiones políticas; cuando los yankees huellen el suelo mexicano y le traten como los rusos tratan hoy á la Polonia; cuando, en fin, la raza cruzada de los descendientes de los súbditos de Moctezuma y de los soldados españoles de Cortés desaparezca poco á poco ante los anglo-americanos, entónces se volverá á leer con interés la historia de esa desgraciada pero bella tentativa hecha por la Francia, para contener, á costa de su sangre y de su oro, la disolucion de un pueblo que la Europa debe, á pesar de todo, ver como á un amigo infortunado cuya existencia es necesaria al equilibrio del mundo.

Los acontecimientos estarán ahí y probarán cuán ciegos fueron los que rechazaron el apoyo de la Francia; cuán culpables é imprevisores los partidarios de una oposicion encarnizada y sistemática, cuando entorpecieron todas las medidas tomadas con un fin tan noble por uno de los soberanos que comprende mejor el genio de la Francia: el Emperador Napoleon III.

La historia despojará la caida del nuevo Imperio mexicano y la muerte del Emperador Maximiliano, de todos los colores con que las han cubierto las pasiones políticas mas exaltadas, y reduciéndolas á su mas simple expresion, hallará este triste resultado:

«El Imperio de Maximiliano de Hapsburgo cayó porque la «autoridad que representaba, careciendo de repente de su me- «jor apoyo (el cuerpo intervencionista), se encontró al comen- «zar el año de 1867 sin fuerzas suficientes para resistir á los «repetidos asaltos de la anarquía secundada por todos los ele- «mentos de discordia que pululaban en México, como en to- «dos los países donde, por una parte, el espíritu de partido

«alimenta las ambiciones y todas las pasiones violentas, tales como la codicia, el odio, la venganza, la intolerancia, y donde, por otra parte, el comercio, la industria y la agricultura están abandonados y la autoridad es desconocida.

«El Imperio de Maximiliano cayó por las mismas causas que hicieron desplomarse á los mejores gobiernos que le habían precedido y á los que le sucedieron.»

Tal es, por desgracia, lo que dirá la historia.

Se ha derrocado á ese Imperio mexicano tan calumniado por sus adversarios, tan mal sostenido por sus amigos; y sin embargo, después de su caída, ¿qué han hecho los que han derramado la sangre del Emperador Maximiliano?

Ese Imperio, mas liberal que la República; ese Imperio, que durante tres años permaneció en la legalidad mas completa, aboliendo la leva, no cobrando un peso de préstamo forzoso, ese Imperio, decimos, ha sido destruido.

¿Con qué se le ha reemplazado?

¿Dónde están las mejoras?

¿Cuáles son los medios de que disponen los que hoy son dueños del país para salvarle de la disolución política, de la invasión americana, de la reacción, de la revolución y de la ruina hacendaria que amenazan á México con males nuevos y próximos?

En Querétaro y en México, sitiadas ambas ciudades en aquel momento, era donde podia resolverse el problema de la existencia de un gobierno estable en México.

Supongamos que un poder desconocido hubiera tenido la voluntad y contado con los medios de contener la lucha, de confundir sitiados con sitiadores, de volver la libertad á todos los desgraciados á quienes se les habia arrebatado para obligarlos al servicio militar; de reunir, por una parte una tropa escogida, mandada por oficiales de honor y de mérito, por la

otra los millares de hombres de desorden que no viven mas que de la guerra civil, y de hacer de estos últimos lo que Mahomet Alí hizo de los Mamelucos, Mahomoud de los Jenízaros; entónces dirémos, el Emperador Maximiliano habria reinado en paz y México se habria salvado.

Hé ahí lo que hizo pensar á algunos mexicanos que se distinguian entre sus compatriotas por su capacidad y por la elevacion de sus miras, como Paredes, Gutierrez Estrada, Almonte, Robles Pezuela é Hidalgo, pedir al gobierno frances una fuerza respetable para ponerla á disposicion de un poder nuevo que, sostenido de esa manera, pudiera hacer respetar la Autoridad y la Ley. Por desgracia, la imperfeccion de los hombres, las faltas políticas del Emperador Maximiliano, que creia en la buena fé de las banderías políticas formadas con el único objeto de llegar al poder, las faltas cometidas por la misma Intervencion francesa, en su ignorancia de las cosas y del país que iba á servir, un encadenamiento de acontecimientos contrarios, todo, en fin, pareció reunirse secretamente para hacer caer ese Imperio que para muchos mexicanos fué por un momento la esperanza de la salvacion nacional. Se diria que el destino se ha complacido en inutilizar tantos esfuerzos y sacrificios, en decidir que la sangre de los europeos y de los mexicanos, de Maximiliano y de sus fieles defensores haya sido derramada sin provecho alguno!

III

Reconocimiento del 11 de Abril.—De Lubic.—El príncipe de Salm.—El general Márquez no vuelve.—Trabajos del enemigo.—Nuestras obras de defensa.—La 3ª compañía de ingenieros.—Huellas de la permanencia de los franceses en la Cruz.—Los generales Miramon y Arellano proponen al Emperador salir de la plaza.—El Emperador rehusa.—Consejo de guerra.—Escaramuza.—Nuestra situación empeora.—Muerte del coronel Farquet.

Al día siguiente del aniversario de la aceptación del trono se ejecutó un reconocimiento en la garita de México, situada en el camino de la capital, á algunos centenares de metros de la Cruz.

Esta operación tenía por objeto hacer pasar entre las líneas de sitiadores, á favor del combate, algunos correos para el general Márquez, cuya tardanza asombraba á todos.

Por la noche se formó silenciosamente una columna en la plaza de la Cruz. Se componía del batallón del Emperador, del 3º de línea y de los cazadores, todo al mando del príncipe de Salm. Estaba apoyada, además, por los dragones de la Emperatriz y los húsares, que tenían el encargo de flanquear la Cruz y de extenderse en el llano de Carretas.

Al despuntar el día comenzó la acción; pero la garita y el meson, así como las casas que los rodean, estaban fortificados en regla. El enemigo resistió. Nuestra columna, aunque valerosamente conducida, volvió sin haber hecho nada notable. Nuestras pérdidas fueron bastantes sensibles. El príncipe de Salm fué salvado por un joven francés, subteniente de cazadores, que viendo en una tronera un cañón de fusil dirigido hácia el príncipe, dió un vigoroso empujón á este último, que

cayó un momento ántes que saliese el tiro, sin lo que el príncipe habría recibido la descarga á quema ropa.

Entre nuestros heridos se encontraba un joven polaco llamado de Lubic, pero que ocultaba bajo ese seudónimo uno de los nombres mas grandes de Polonia. El Emperador, que le protegía especialmente, le había nombrado la víspera subteniente de cazadores. En el encuentro de que acabo de hablar, una bala le rompió la rodilla. Se le amputó la pierna. Yo sentía una opresión de corazón cada vez que iba á estrechar la mano de aquel joven encantador, mutilado á los veinte años. En el momento en que se esperaba salvarle, se declaró una enfermedad de pecho que empeoró á medida que el estado de la pierna se mejoraba. Cuando este miembro se hallaba completamente curado, el enfermo sucumbió á los ataques de la afección de pecho. Le enterramos religiosamente.

El general Márquez no volvía. Cierta inquietud comenzaba á extenderse entre nosotros, por mas esfuerzos que se hacían para vencerla.

No teníamos sosiego, y aguardábamos un nuevo ataque ántes de que llegaran los refuerzos del general Márquez.

Las obras de circunvalación del enemigo progresaban diariamente. Se había establecido poco á poco en el barrio de San Sebastian, frente á nuestra línea del Norte, y en Pateo, al pié de la Cruz, abrigándose detras de varias líneas de casas y de paredes almenadas, el todo fuertemente unido con fosos, flechas y trincheras. Esta posición era formidable; habíamos tenido ocasión el 11 de Abril de advertir que era casi impracticable una salida en aquella dirección. El número de los sitiadores se aumentaba sensiblemente. Recibían refuerzos de los puntos del Interior mas distantes, así como armas, municiones, cañones y recursos de todas clases.

En la plaza no estábamos inactivos tampoco, y nuestras

obras de defensa eran respetables; pero los republicanos tenían sobre nosotros, como ya he dicho, una ventaja inmensa; podían no solamente colmar sus vacíos, sino también aumentar su efectivo, mientras que nosotros nos hallábamos en la imposibilidad de reponer nuestras menores pérdidas.

La fuerza de nuestros adversarios se aumentaba á medida que disminuía la nuestra.

Los víveres comenzaban á costar precios fabulosos. Los soldados no lo resentían mucho, porque se les hacían distribuciones, pero los oficiales tenían trabajos, porque no recibían más que media paga.

Las inmediaciones de la Cruz, el jardín y el Cementerio, fueron guarnecidos de artillería. A la izquierda del convento la tercera compañía de ingenieros levantó una flecha. Esta brillante compañía, agregada á la brigada de reserva, parecía multiplicarse y prestaba inmensos servicios; era un modelo de disciplina y de valor.

Sus tres oficiales, el capitán Bethancourt y los tenientes Quintana y Miranda, camaradas en el servicio como lo habían sido en el colegio militar de Chapultepec, eran queridos por sus soldados y estimados por todos los que conocían su instrucción, su valor y su espíritu militar.

Siendo continuamente diezmada su compañía, establecieron en un patio interior del convento un pequeño cementerio reservado, donde enterraban á sus muertos con tierna solicitud.

Ya he dicho que la Cruz había servido de cuartel á las tropas francesas durante la Intervención, y que estas habían establecido allí un hospital y almacenes.

Todavía se notaban huellas recientes de su permanencia en aquel lugar. Se leía en las paredes versos que su singular desenvoltura me impide reproducir; zuavos, cazadores y artilleros habían escrito sus joviales reflexiones en aquellas antiguas cel-

das de frailes fanáticos que habían llegado á ser, á causa de las revoluciones, alcobas de veteranos que no sospechaban que poco tiempo después un monarca, tan noble como infortunado, iría allí en persona á defenderse contra esos republicanos á quienes habían dispersado tan bien que se les creía anodados.

Nuestra situación empeoraba; el hambre era inquietante; la desmoralización penetraba poco á poco entre nosotros. A la impaciencia con que se esperaba á Márquez sucedía la ansiedad sobre la suerte de ese general.

Los generales Miramón y Arellano aconsejaron entonces al Emperador romper las líneas de los sitiadores é ir con los dragones de la Emperatriz y la mejor caballería á destituir en México al general Márquez, y volver después en auxilio de Querétaro, que ellos conservarían hasta el último momento. El Emperador rehusó, diciendo que su puesto era donde había mayor peligro, y encargó al general Mejía de esta misión, que solo el poder y el prestigio del Soberano podían llevar á buen fin.

Este último se hallaba enfermo; por lo mismo, hubo necesidad de aguardar algunos días, después de los cuales tuvo lugar un consejo de guerra. Se resolvió enviar al general Moret, al príncipe de Salm, al coronel Campos, comandante de la escolta particular del Emperador, y alguna caballería inútil para la defensa, con misión de destituir á Márquez, y en todo caso informar á la plaza de lo que había pasado, porque se comenzaba á sospechar mucho un revés ó una traición.

Por desgracia Moret y sus dos compañeros no pudieron pasar por entre los sitiadores, como se había proyectado.

La caballería que los escoltaba, caminando de noche y á tientas, fué rechazada; pero Zarazua, uno de nuestros jefes de guerrilleros, tan atrevido como afortunado, logró escaparse con cincuenta caballos.

Esa pequeña salida, cuya verdadera causa adivinaron casi todos, produjo mal efecto.

Siendo casi inútil la caballería y haciéndose sentir el hambre, se comenzó á matar á los peores caballos para distribuir su carne á los soldados y al pueblo.

Los proyectiles del enemigo no nos dejaban descansar, y sus tiradores, establecidos á orillas del rio, frente á nuestra línea del Norte, impedían llevar á beber á los animales.

El magnífico é inmenso acueducto, obra gigantesca de la colonización española, que conduce el agua del cerro de Carretas hasta la ciudad, habia sido cortado por el enemigo. Quedaban algunos pozos, pero en corto número: nuestros caballos y nuestras mulas tenían sed, lo que unido á la ausencia de forrajes, á las fatigas y á la falta de cuidados, los hacia perecer rápidamente.

Las mulas de mi batería se hallaban en un estado lastimoso: atalajadas día y noche, mal alimentadas, estaban flacas y llenas de mataduras, lo que desesperaba á nuestro capitán, que queria mucho mas á sus mulas que á sus subordinados. Yo, lejos de aficionarme á aquellos animales, como esos viejos oficiales del tren que cuidan mas de sus bestias que de sus hombres, les tenia horror. Las mulas tienen buenas cualidades en campaña; pero tambien poseen todos los defectos del caballo y del asno, sin tener ni la inteligencia del primero ni la mansedumbre del segundo.

Un dia que me hallaba en el parque general, guarecido bajo las inmensas bóvedas del convento de San Francisco, los sonidos del órgano me indicaron que en la iglesia contigua se verificaba una ceremonia religiosa. Una ceremonia á esa hora y en semejantes circunstancias, no podia ser mas que una ceremonia fúnebre. En efecto, se le hacían los últimos honores al coronel Farquet.

Los honores militares que el 12º de línea hacia á su gefe, los cantos fúnebres, los tristes sonidos del órgano, la oscuridad que se extendia rápidamente, pero que era combatida en el coro por la luz de numerosos cirios, la memoria del que dormia el eterno sueño en aquel ataúd sobre el cual se hallaban colocadas su valiente espada y sus gloriosas condecoraciones, todo contribuía á conmover profundamente á los asistentes.

El coronel Farquet habia sido herido de un balazo en la pierna, en la salida del 1º de Abril. Su herida, que al principio habia parecido poco peligrosa, se agravó de repente; sobrevino la gangrena y el enfermo sucumbió. Esta muerte habia sido tan súbita, que antes de entrar á la iglesia creia yo, como otros muchos, que el coronel se hallaba completamente restablecido.

El coronel Farquet seguía de cerca á su esposa, muerta en Morelia algunos dias ántes de nuestra partida de aquella ciudad, al dar á luz un niño que sobrevivió. El doloroso recuerdo de aquella esposa adorada apresuró el fin del coronel. Antes de morir legó sus dos hijitos al general Miramon, su antiguo camarada. Miramon se encargó de los dos huérfanos; pero despues de la muerte sangrienta de su protector, los dos pobres chicos se encontraron de nuevo sin apoyo.

Miramón asistía á las exequias, así como otros muchos oficiales de la misma promoción de Farquet, brillante categoría de gefes, entre los que descollaron en primera línea Osollo y Miramon, y de los cuales muy pocos sobreviven hoy. Su valor se reveló por la primera vez cuando, alumnos de Chapultepec, defendieron heroicamente su escuela contra los voluntarios americanos del general Scott, preludiando así la resistencia encarnizada que debían oponer mas tarde á la revolución.

Una vaga inquietud que reflejaban las fisonomías sombrías,

pesaba sobre la asistencia. Solo Miramon permanecia impasible. Se bajó el cuerpo á una fosa abierta en la iglesia, Miramon echó algunas gotas de agua bendita en la tumba abierta, se separó de los asistentes, montó luego á caballo, y la iglesia quedó silenciosa y solitaria.

IV

Escaramuza del 24 de Abril.—El batallon republicano de Supremos Poderes.—Salida del 27 de Abril.—Planes de Miramon.—El general Castillo fracasa en su ataque contra Callejas y deja pasar á los republicanos.—Carga de los dragones de la Emperatriz.—Los rifles americanos de diez y seis tiros.—Combate del Cimatario.—Los republicanos son rechazados en la Casa Blanca.—Resultados de nuestra salida.—Reflexiones sobre la jornada del 27 de Abril.—La Casa Blanca á otro día del combate.—Un oficial republicano herido y abandonado en el campo de batalla.—Peligrosa y célebre equivocacion de un sargento de las fuerzas sitiadoras.

El 24 de Abril el coronel Gayon recibió orden de efectuar una salida contra el enemigo que se acercaba al Cerro de las Campanas y construia algunas obras para guarecerse. El coronel Gayon, con la mitad del batallon de Celaya y algunos ginetes de un audaz gerrillero de Michoacan, Gonzalez, logró sorprender la guardia y los tiradores republicanos. Los guerrilleros de Gonzalez recogieron unos veinte prisioneros.

Bajaba yo de la Cruz, cuando la casualidad me hizo encontrar á estos últimos, á quienes se conducia al cuartel general. Algunos vestian un uniforme de paño gris adornado de galones amarillos, y llevaban un schakó negro. Eran de buena estatura, y sus miradas nada tenian de simpático. Supe que eran soldados del batallon de Supremos Poderes, cuerpo que así como los Cazadores de Galeana y cierta Legion del Norte, nos disputaba algunas veces el triunfo.

Nuestra situacion era cada vez mas crítica.

El Emperador se quejaba amargamente del general Márquez, de quien no recibia noticias. Pero nuestro comandante general de artillería Arellano, que habia adquirido una grande influencia por su instruccion, su audacia y su valor, así como por los servicios que prestaba diariamente como gefe del arma mas útil á la defensa, mantenía la esperanza en el ánimo del Soberano, á quien, por otra parte, no le faltaba valor.

El 26, los generales Miramon y Arellano discutieron, ante el Emperador y el gefe de estado mayor, un plan de salida que podia remediarlo todo. Consiguieron que se les encargara le pusieran en ejecucion ellos mismos.

En la noche del 26 al 27, en el momento en que me disponia á descansar un poco, lo que no habia hecho hacia dos dias por diferentes causas, recibí orden de ir á la Alameda con mi seccion y ponerme á disposicion de un capitán que estaba allí con una batería. Al ejecutar esta orden advertí que habia un movimiento extraordinario en la ciudad.

Apénas habia mandado colocar mis piezas en batería, conforme á las órdenes del comandante de la Alameda, cuando varios de mis camaradas me dijeron que habian recibido cierta cantidad de botes de metralla, y que se les habian hecho, á este respecto, recomendaciones especiales.

A través de la oscuridad vímos soldados de caballería desmontados y armados de fusiles de infantería, que relevaban á los tiradores de la frontera; despues, batallones que nos era imposible reconocer, y que pasaban silenciosamente tras de nosotros para formarse en la direccion de la iglesia de San Francisquito, entre la Alameda y esta última.

No sabemos qué pensar de aquellos movimientos.

¿Ibamos á hacer una salida? ¿Ibamos á romper el sitio? En este último caso sabemos lo que se nos esperaba á los